



Tesis periodística: Resistencia wounaan: desplazamiento y vida en Bogotá

Autor:

Santiago Luque Pérez

Trabajo presentado como requisito para optar por el
título de Periodismo y Opinión Pública

Director:

Óscar Javier Parra Castellanos

Escuela de Ciencias Humanas

Texto aprobado el 1 de noviembre del 2022

Universidad del Rosario

Bogotá, Colombia

2022

Resistencia wounaan: desplazamiento y vida en Bogotá

A continuación, encontrará el primer capítulo de estas crónicas que narra el desplazamiento y salida del territorio de los indígenas wounaan por el conflicto armado. Aunque este sea el primero, usted podrá leerlos en diferente orden de publicación. Cada historia fue escrita con la intención de que siga un hilo conductor, pero también para su lectura independiente.

Capítulo 1

Capítulo 1: De las verdes selvas de Chocó a la gris Bogotá

El conflicto armado llegó en los 90 al Litoral de San Juan y parece no querer irse. Los indígenas wounaan, que, según cifras del ministerio del Interior, son más de once mil siguen resistiendo. La mayoría desde su territorio, otros han salido desplazados y no han podido regresar. Este es el inicio de la historia del Cabildo en Bogotá a más de 363 kilómetros de su ancestralidad y que, en la actualidad, cuenta con 147 familias y alrededor de 570 habitantes..

Por Santiago Luque Pérez

El río San Juan serpentea hacia el sur por el Chocó en dirección contraria al río Atrato, el más conocido de la región. El San Juan ingresa al departamento por el municipio de Tadó desde Risaralda y desemboca en el Océano Pacífico a través del Litoral de San Juan. A lo largo de las riberas del río, en casas de madera levantadas a un metro del suelo para evitar que se inunden durante las crecientes, están asentadas 23 resguardos de las comunidades indígenas Wounaan, así lo señala el ministerio del Interior.



Ilustración 1. Río San Juan y las selvas del Chocó. Por Kimberly Vega

El San Juan no solo ha sido el hogar ancestral de las familias Wounaan, también, junto a la selva chocoana, les ha dado el sustento para vivir. Por medio de la pesca y la cacería han subsistido así como, en las fincas en medio de la selva, han cosechado maíz, yuca, papa china y plátano.

El departamento de Chocó, históricamente olvidado por el Estado, tampoco había generado mucho interés para los grupos armados. Aunque algunos lo han llamado tierra de nadie, en realidad son territorios de comunidades indígenas Wounaan, Embera Dóbida, Embera Chamí, Embera Katío, Zenú y Tule, además de población afrodescendiente. En el caso de los indígenas, la Organización Nacional Indígena (ONIC) precisa que están en el territorio desde hace más cinco siglos.

“Acá no nos llegaba nada del Estado, pero tampoco lo necesitábamos, todo nos lo entregaba la selva y teníamos tranquilidad, que es lo que ahora nos falta”, relata un habitante y líder étnico del departamento.

Una de las pocas incursiones previa a los 90 por parte actor armado fue silenciosa y sin confrontaciones. En los años 80 el M-19 intentó ingresar armas por el Pacífico y creó un frente de guerra que operaba en el Chocó. “...por errores organizativos y de inexperiencia militar, miles se perdieron, unas fueron halladas por el Ejército y las otras hundidas en el océano Pacífico en el combate con el barco Karina”, señala el texto La Guerra Revolucionaria del M-19 (1974-1989) de Ginneth Esmeralda Narváez de la Universidad Nacional.

Pero la presencia del M-19 fue tan poco significativa que los Wounaan no la recuerdan. Para ellos la guerra empezó en la década siguiente, cuando los enfrentamientos entre grupos guerrilleros y paramilitares empezaron a asediar sus territorios.

Durante los años 90 la paz y tranquilidad que habían tenido cambió y las comunidades se convirtieron en parte del conflicto armado que para ellos había estado lejano. Los relatos de las comunidades señalan que el aviso de que algo estaba pasando llegó por el San Juan. Desde la parte alta empezaron a bajar cuerpos de personas asesinadas, una práctica que ha sido utilizada por los alzados en armas para desaparecer cuerpos y que flotaban hasta desaparecer en el océano.

Después de esa primera alerta silenciosa, las ráfagas de fusil empezaron a sonar muy cerca de los resguardos indígenas. La búsqueda del control territorial hizo que iniciara una disputa a sangre y fuego en la zona. La situación hizo que empezara el desplazamiento de las familias por el río San Juan hacia el sur. Por el mismo que tantas veces navegaron para proveerse de alimentos, ahora era utilizado para huir con destino a Buenaventura.

Algunos han salido desplazados y retornado en cuanto la situación se lo ha permitido. Otros se han asentado en Cali, Valle del Cauca y Popayán, Cauca, ciudades con un clima más amable para quienes salen de las selvas chocoanas. Sin embargo, muchos prefirieron seguir el camino hasta la fría Bogotá a 2.600 metros sobre el nivel del mar.

Es el caso de la familia Pirazá, que salió desplazada en 2003 y se asentó en Bogotá, en lo que parecía una travesía ocasional pero que se volvió definitiva. Aunque para el padre de la

familia, Sercelino Pirazá, la capital no era desconocida. Antes de su desplazamiento realizaba viajes a esta ciudad para vender artesanías, misma actividad la que lo llevó a que fuera perseguido.

Su hijo y exgobernador del cabildo en Bogotá, Ramiro Pirazá, recuerda que la idea de vender artesanías empezó por unas monjas. “En el 82 llegaron unas familias católicas. Unas monjas. Y ellas empezaron a decirle a la gente que el producto era accesible, fácil de comercializar, para que impactará a la gente y conocieran la cultura. Ellas les propusieron la idea a artesanías de Colombia y vieron que era un producto novedoso”, señala Ramiro.

Después de eso Sercelino Pirazá emprendió un primer viaje a la ciudad de Bogotá cargado con las artesanías que realizaban las mujeres y volvió con recursos económicos para la comunidad. De esta manera, mes a mes Sercelino llegaba hasta la capital y el dinero obtenido de la venta de las artesanías se convirtió en uno de los sustentos de las familias.

Años después los grupos armados no vieron a Sercelino Pirazá como un artesano, sino como un comerciante y lo empezaron a perseguir. Las amenazas contra Sercelino y su familia asentada en el resguardo San Antonio de Togoromá, en el municipio del Litoral de San Juan fueron tan fuertes que esos viajes mensuales para vender artesanías se convirtieron en un solo viaje sin retorno.

“A partir de ese momento... jamás volvió mi papá”, recuerda su hijo. Quien además señala que los grupos armados, así, en plural y sin distinción, porque para ellos todos son lo mismo, no solo lo amenazaron, sino que lo persiguieron hasta Buenaventura. Para despistar a quienes iban tras él, no cogió la carretera hacia Bogotá sino a Cali. El susto fue tal que Sercelino no ha vuelto a la tierra de sus ancestros por el miedo que le da.

En Cali estuvo unos días hasta que decidió desplazarse hacia la capital, que es su hogar hasta hoy. Para el 2007 lograron la conformación del cabildo indígena, que, aunque no tiene reconocimiento del Ministerio del Interior, ha sido importante para preservar la cultura y poder dar ayudas a las familias que siguen llegando desplazadas por la violencia.

Pero la lucha no ha sido fácil. La familia Pirazá llegó al barrio Primero de Mayo a donde una amiga de Sercelino y luego consiguieron un apartamento en el barrio Lucero, en la localidad de Ciudad Bolívar, la misma que desde los años sesenta ha recibido a los miles de

desplazados que ha dejado el conflicto armado en el país. Allí, ya asentados uno de los hijos de la familia empezó el bachillerato. “Yo esperaba terminar mis estudios de bachillerato y volver con mi familia a Chocó, pero esto no fue posible porque a mi papá lo amenazaron y persiguieron hasta Buenaventura”, asegura Ramiro Pirazá.

Años después lograron conseguir una casa en el barrio Vista Hermosa, en la misma localidad, así lo recuerda hoy su hijo y lo ha contado Sercelino Pirazá a diferentes medios de comunicación. El lugar ha servido como uno de los lugares de reunión del cabildo y también ha funcionado como hogar de paso para algunas familias que han ido llegando desplazadas. En la actualidad Sercelino se encuentra retirado de la gobernanza del Cabildo y por la pandemia prefiere no dar entrevistas.

El desplazamiento por la violencia ha obligado a que las personas cambien el transporte por rí, por alimentadores verdes y buses azules que se demoran entre 20 y 45 minutos para bajarlos de la parte alta de Ciudad Bolívar. Todo depende del trancón, un concepto nuevo que no existía para ellos.



Ilustración 2 Zona de Vista Hermosa en donde queda el paradero del transporte público más cercano a la casa que es utilizada para reuniones.

La movilización no es la única diferencia. El frío de la ciudad, la alimentación, la lejanía de su ancestralidad y las huellas que dejó el conflicto armado los siguen persiguiendo. En su territorio las reuniones se realizaban cada semana. “La gente se reúne cada ocho días en reunión de autoridades o mayores, para que la gente conozca el liderazgo y la gestión del gobernador”, indica el exgobernador Ramiro Pirazá. En la ciudad todo se complica porque viven dispersos y no siempre tienen un lugar apropiado.

En las reuniones que se dan cada semana en el territorio también se imponen castigos. “Si hay un robo también se habla y se da el castigo, se habla del respeto para que no tomen cosas ajenas. Sea un banano, plátano, tiene su castigo. Se recurre al gobernador para el castigo, que puede ser de un mes o 15 días de trabajo social. No es un castigo con dinero si no un servicio al interior de la comunidad”, dice Pirazá. Esto no se puede realizar en Bogotá de la misma manera, pues aunque el cabildo cuenta con su autoridad propia es un espacio distinto.

Según datos del cabildo indígena, están integrados por 147 familias y alrededor de 570 personas. La mayoría de ellas vive en la localidad de Ciudad Bolívar y algunas en localidades vecinas. Solamente una familia vive en Suba, a más de hora y media de trayecto.

Los más jóvenes no tienen conexión con su territorio y las ganas de retorno son casi nulas. En la otra esquina están quienes añoran y desean volver, pero el miedo es latente y parece no terminar porque las amenazas han llegado incluso hasta Bogotá.

Las poblaciones indígenas del sur del Chocó, principalmente conformadas por indígenas Wounaan y Embera, han sufrido del control territorial de los grupos armados desde finales de los 90. La guerrilla de las Farc, como siglas de Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, hizo presencia hasta que se desmovilizaron en 2016 con el Acuerdo de Paz. Por otra parte, el Ejército de Liberación Nacional (Eln) tiene fuerte presencia en el lugar en la actualidad, donde se disputa el control territorial con la banda criminal conocida como Autodefensas Gaitanistas de Colombia (Agc) o Clan del Golfo.

La información que han presentado la Defensoría del Pueblo y la Fundación Paz y Reconciliación, Pares, indica que también grupos residuales del proceso de paz con las Farc

han buscado el control territorial del lugar. Además, esta zona del departamento limita con el Valle del Cauca, zona que es controlada por las Agc.

Para los indígenas entrevistados es importante señalar a los grupos armados sin distinción. Además, señalan que ellos han pasado a controlar el río San Juan y las cuencas que lo alimentan. Han impuesto horarios en los que navegar, no solo para poder movilizar droga por ellos, sino también para tener un control sobre la población. La alerta temprana de inminencia 020 del 2021 de la Defensoría del Pueblo ha señalado estos hechos que afectan a las comunidades, quienes tradicionalmente se movilizaban en la noche para hacer cacería y ahora lo tienen prohibido.

Resistencia wounaan: desplazamiento y vida en Bogotá

A continuación, encontrará el segundo capítulo de estas crónicas, en él se narran las dificultades que ha tenido la comunidad indígena wounaan en Bogotá. Aunque este sea el segundo, podrá leerlo sin la necesidad de haber leído el primero, ya que el conjunto de historias fue escrito con la intención de que siga un hilo conductor, pero también para su lectura independiente.

Capítulo 2

Desde las alturas de Vistahermosa

El desplazamiento no solo ha alejado a los indígenas wounaan de su territorio, también les ha hecho cambiar sus costumbres. El frijol, las lentejas y demás granos empezaron a hacer parte de su dieta y el pescado ha ido saliendo. Las fiestas en agradecimiento al dios Waunaan Ewandama han desaparecido en Bogotá.

Por Santiago Luque Pérez

Las montañas de Ciudad Bolívar llevan más de cinco décadas recibiendo a la población desplazada por el conflicto armado. Campesinos, indígenas y afro han sido los principales huéspedes. La mayoría han salido huyendo por amenazas, asesinatos y enfrentamientos entre grupos armados, mientras que otros, simplemente han buscado mejores oportunidades de vida ante el abandono estatal.

En el caso de los indígenas wounaan el conflicto armado ha sido el causante del desplazamiento a cuenta gotas desde inicios de los dos mil. Cali, Buga y Bogotá han sido las ciudades receptoras. Aunque varias familias han podido regresar al territorio, otras se han visto obligadas a soportar la vida en la ciudad.

Las gotas de lluvia empiezan a caer en el patio trasero de la casa donde suele reunirse el cabildo indígena Wounaan en Bogotá. Uno de ellos reconoce que el clima es uno de los cambios más drásticos que tiene la salida de su territorio. No es algo extraño para ellos, vienen de Chocó, uno de los departamentos más lluviosos del país. Sin embargo, en Bogotá el promedio de temperatura, según el Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios

Ambientales (Ideam), es de 13 grados centígrados y en Chocó oscila entre los 25 y 28 grados. A pesar de que muchos de ellos están a punto de completar dos décadas en la ciudad, siguen viéndolo como una de las dificultades más grandes de vivir en la capital.



Foto. Indígenas en el río San Juan. Imagen cortesía: Carlos Mayorga.

El camino que debieron emprender, dejando atrás su tierra, sus lugares sagrados y, en muchas ocasiones, a una parte de sus familias es solo una sección del sufrimiento. La llegada a una ciudad desconocida, fría y donde no conocen a nadie hace parte de ese trasegar. Ramiro Pirazá Ismare, exgobernador del cabildo indígena en Bogotá, asegura que hacen falta políticas públicas integrales que los acompañen.

En la búsqueda de una educación intercultural



Ilustración 3 Kimberly Vega

En la casa de Vistahermosa, una de las más conocidas del cabildo y como se le llama a la vivienda construida por la familia Pirazá, al igual que en la mayoría de hogares que están regados por toda la ciudad, hay varios niños que corren y juegan por toda la casa. Observan a cualquier desconocido que llega y hablan entre ellos. Es imposible entenderles, ya que se comunican en woun meu, su lengua materna y tradicional.

Muy pocos de ellos son bilingües y la lucha que han dado en el cabildo es para que desde la primera infancia se cuente con una educación intercultural. Desde el cabildo también buscan que las familias hablen en Woun Meu, pues muchas han empezado a utilizar el castellano en sus casas y los más perjudicados son los menores que van perdiendo su lengua ancestral. “Aconsejamos que nuestra lengua materna la debemos valorar más para que no se pierda. Tenemos una herencia que conservar acá en Bogotá. Los padres no le dan ese amor y la lengua deja de hablarse”, señala el exgobernador.

Para los más pequeños también lograron abrir la Casa de Pensamiento Indígena en Ciudad Bolívar. Aunque les gustaría que fuera totalmente administrada por miembros del cabildo, esto aún no se ha logrado por la falta de títulos profesionales y es administrada por mestizos. En este espacio los más pequeños, niños entre dos y cuatro años comparten con otros menores indígenas, conocen la cosmovisión Wounaan y los bailes tradicionales.

En 2015 la Secretaría de Educación de Bogotá señaló que el colegio distrital Arabia estaba haciendo esfuerzos para poder obtener una educación intercultural. A la institución educativa habían llegado 39 niños y niñas desplazados desde Chocó. La mayoría de ellos no hablaba español, por esta razón Óscar Posada, docente del colegio, se dio a la tarea de buscar una inclusión de ellos junto a un traductor de la comunidad.

La Secretaría de Educación decidió no pronunciarse frente a los procesos que llevan con la comunidad wounaan en términos de educación. Señalaron que como el cabildo tenía una autoridad propia preferían hacerlo de manera conjunta, sin embargo fue imposible lograr una comunicación directa.

La importancia de la inclusión para los menores es innegable para las autoridades del cabildo. Señalan que en principio no fueron escuchados por las autoridades de Bogotá. “Últimamente ha escuchado [la Secretaría de Educación] las voces de nuestra comunidad. Después de tantas exigencias nos dieron espacios para que tuviéramos dos dinamizadores y un licenciado desplazado”, indica Ramiro Pirazá, exgobernador del cabildo en Bogotá. Además, señalan que buscan aumentar la participación de los miembros de las comunidades en los procesos educativos.

Por ello Pirazá añade que buscan que “los maestros construyan el plan curricular y ellos puedan enseñar a sus hijos en Bogotá. Tener un maestro de planta que no tenemos. Los dinamizadores no están en el curriculum académico de la secretaría. Ellos solo hacen acompañamiento, ni siquiera un refuerzo académico. SI tuviéramos un docente profesional, podría implementar materiales que queremos. Eso todavía no está”

La labor que cumplen los dinamizadores es un espacio de una hora u hora y media a la semana para hablarle a los niños de la cosmovisión de la comunidad wounaan. En la actualidad es un espacio al que también asisten niños mestizos.

Los niños, niñas y jóvenes que llegaban sufrían discriminación, dificultades en su aprendizaje por no entender a sus profesores y esto desencadenaba en deserción estudiantil. La situación ha mejorado pero la lucha aún continúa.

Hoy en día buscan una verdadera educación intercultural, en la que no solo haya intérpretes o traductores indígenas, sino profesores de la comunidad wounaan. La historia de la colonia, la independencia, las matemáticas y la visión de mundo citadino occidental se ha visto como la ilustración que dan los mestizos a los indígenas. Pero lo que se quiere es que los Wounaan también puedan enseñar su visión de mundo y su historia.

“Los profesores o estudiantes mestizos podrían conocer nuestra cultura y nuestra práctica, para respetar al otro. Para conocer con quien tiene interacciones, tanto el estudiante mestizo como indígena. Y cambiar el mundo discriminatorio. Podría ayudar o frenar los estereotipos que no entendemos y rechazamos lo diferente [...] eso sería una verdadera educación intercultural y es lo que buscamos”, asegura el gobernador del cabildo.

No solo la educación básica y media es una preocupación, la superior pareciera ser un camino imposible para ellos. Las barreras sociales y económicas hacen parte de las dificultades. Además, los programas de las universidades no les brindan alternativas.

Ramiro Pirazá Ismare ha sufrido en carne propia las dificultades de acceso a educación superior. Con mucho esfuerzo, con ires y venires, ha estudiado ocho semestres de Sociología en la Universidad Externado. Hay momentos en los que no ha podido estudiar por falta de recursos económicos. Otros en los que estuvo a punto de renunciar por la falta de apoyo para poder nivelarse.

Para él los primeros semestres fueron difíciles, los profesores no le tenían paciencia y la educación que había recibido, comparada a la de sus compañeros, se había convertido en un obstáculo. Aun así, con la ayuda de varios de sus compañeros, ha ido avanzando y hoy, en su recta final espera graduarse y que más jóvenes de la comunidad sigan su camino.

Además, una de las recomendaciones que les da a los jóvenes de la comunidad es que se alejen de los vicios: “Hemos tenido problemas en la ciudad. Por beber más o consumir drogas. Siempre doy consejo de alejarse de esos vicios del trago porque se olvidan de terminar sus estudios y tener su bachillerato”.

La lucha por las tradiciones

Uno de los retos que tienen los Wounaan es su lengua, no solo por la comunicación en español, sino por el miedo a que esta se pierda. No todas las familias continúan hablando la lengua desde Bogotá, muchas han dejado el Woun Meu de lado y quienes más salen afectados son los que nacieron en la capital y están creciendo sin ella. Una petición del cabildo a las familias ha sido continuar con esta tradición.

Hay tradiciones que se quedaron en Chocó, junto a sus ancestros, y que ha sido difícil traer a la ciudad por más esfuerzos que han hecho y hoy peligran de quedar en el olvido. Las celebraciones culturales que se realizan dos veces al año son un ejemplo. En diciembre y en semana santa las comunidades indígenas Wounaan se reúnen para festejar y honrar a su dios Waunaan Ewandama, la celebración también está acompañada con una fiesta para las muchachas de la comunidad que cumplen los 15 años y que dan su paso de la niñez a la adultez.

En Bogotá la logística y los recursos económicos han hecho imposible volver a realizar una celebración de este tipo. “Lo que hemos hecho es una olla comunitaria porque venimos de una cultura en la que practicamos esto y esto nos ayuda a fortalecernos como comunidad. También nos ayuda a enseñarle a los niños que nacieron en Bogotá este tipo de prácticas”, asegura el exgobernador.

En los censos realizados por el Ministerio del Interior a las familias Wounaan se asegura que su alimentación es entre regular y mala. La principal razón es la incidencia de los grupos armados que limitan la libre movilidad de los indígenas y con ello les impiden la cacería y la pesca. “Teníamos de todo: agua y tierra”, recuerda una de las mujeres que ahora está en Bogotá.

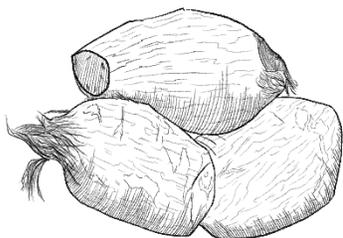


Ilustración 4 Papa china. Por Kimberly Vega

La dieta de los indígenas está muy relacionada con su cercanía al agua y la selva. Las casas de los Wounaan que resisten en el territorio están asentadas a orillas del río San Juan y sus afluentes. Por dar un ejemplo, quienes vienen del resguardo San Antonio de Togoromá, estaban a tan solo 40 minutos en lancha del mar o dos horas en canoa, por lo que la alimentación está guiada por pescados de mar como la sierra o el gualajo y también por la pesca de agua dulce, entre los que estaba “la mojarra, pero una distinta a la que se come acá en Bogotá. También el viringo, el barbujo que es de la familia del nicuro y los camarones de río”.

Además, en las jornadas cacería conseguían carne de la selva, que indican “es más sana”. Dentro de lo que consumían está el venado, el armadillo, el tatauro (jabalí), el oso hormiguero y la iguana.

Ahora la alimentación les ha cambiado drásticamente, los granos como los frijoles y las lentejas eran desconocidos para ellos. Hoy en día lo consumen ante la imposibilidad de conseguir sus alimentos. También pagan por los alimentos con dinero, antes era el esfuerzo y la paciencia que utilizaban para cazar, pescar y cosechar. Así llevaban los alimentos al hogar o, incluso, los intercambiaban con otras familias.

Las artesanías y el trabajo en la ciudad



Ilustración 5 Artesanía wounaan. Por kimberly Vega

Los indígenas estaban acostumbrados a trabajar la tierra, a la pesca y la cacería. De ahí obtenían su sustento para vivir. De igual manera, las artesanías se sacaban del territorio y los recursos económicos llegaban a las comunidades. Ahora, desde la ciudad, el dinero se convierte en la única manera de conseguir alimentos. Por lo que la mayoría de ellos han terminado de obreros, celadores y empleadas del servicio. La única

práctica que han podido mantener son las artesanías.

Han heredado el conocimiento de sus antepasadas que de generación en generación han ido enseñando a las mujeres a tejer con fibras de werregué, una palma que se da en la selva chochoana. Con esta se realizan jarrones, manillas y bandejas que han cobrado un importante valor dentro de la comercialización de las artesanías.

Los Wounaan recuerdan que utilizaban estos elementos para guardar cosas, “por ejemplo yo recuerdo que un jarrón de esos se utilizaba para guardar los anzuelos”, dice el exgobernador Pirazá. Una de las mujeres de la comunidad recuerda que “antes eran para guardar cosas, cajitas de fosforo, anzuelos, hilos. Eran nuestras cajitas para guardar cositas chiquitas. Los jarrones de barró eran para cargar, pero las cosas tejidas solo eran para que los abuelos y abuelas guardaran cosas pequeñas”. Pero en la década de los 80 todo cambió con la visita de una misión católica que vio la belleza de estos elementos de su vida cotidiana y les recomendó llevarlos a las grandes ciudades, así lo cuenta Ramiro Pirazá, exgobernador indígena del cabildo en Bogotá.

Sercelino Pirazá, mayor de la comunidad, exgobernador y creador del cabildo en Bogotá fue el primero en sacar estas artesanías de la comunidad Wounaan para llevar ayudas económicas a las comunidades. El boom fue tal que Artesanías de Colombia ha sido uno de los principales promotores de la venta de estos artículos y el werregué se ha convertido en un titular indiscutido de las exposiciones de artesanías.

Las fibras de werregué se obtienen de los cogollos de las palmeras que hay en la selva. Después de secarlo adopta un color beige que, aunque es injusta la comparación, se puede

decir que se asemeja al fique. Sin embargo, las artesanías también cuentan con diferentes colores. Las fibras de color naranja se obtienen gracias a la coloración que se les da con achiote. Para el verde se utilizan hojas. El negro es uno de los más difíciles de obtener y hay dos métodos, uno de ellos es enterar el werregué por cinco días en la tierra. El segundo, que sirve para obtener un negro más fuerte, es similar, pero se cocinan las hojas previamente.

Durante el tejido la artesana decide el diseño que plasma. Este no se planea previamente, el resultado muchas veces son animales o representaciones propias de los Wounaan. Con el desplazamiento han cambiado algunas tradiciones. Una de las más visibles es que el hombre debió aprender a tejer en los casos en que no conseguía otro empleo como forma de subsistencia.

En Bogotá no crece el werregué, tampoco cuentan con el terreno para poder secarlo o enterrarlo, por lo que los materiales para las artesanías son enviados directamente desde las selvas del Chocó por quienes aún resisten desde el territorio. Este es un proceso costoso y un jarrón grande necesita bastante material. El envío de 100 hojas sirve para realizar unas ocho pulseras y puede costar entre 30 y 40 mil pesos. Por esta razón es casi imposible tejer jarrones y bandejas en Bogotá, estos son enviados desde el territorio para la venta.

Las artesanías no solo son sustento económico de varias familias desplazadas en Bogotá. También son una de las conexiones con su historia, su ancestralidad, su territorio y con las familias que siguen resistiendo en Chocó. Al igual que el lenguaje y las enseñanzas que se siguen transmitiendo de generación en generación, se han convertido en saberes que ni el conflicto armado, ni la distancia les ha podido quitar.

Resistencia wounaan: desplazamiento y vida en Bogotá

A continuación, usted encontrará el capítulo bonus de estas crónicas, en él se narra de manera muy corta las dificultades que trajo la pandemia para la vida de la comunidad indígena wounaan en Bogotá. Aunque este sea el último y más corto texto, usted podrá leerlo sin la necesidad de haber leído ninguno de los anteriores, ya que el conjunto de historias fue escrito con la intención de que siga un hilo conductor, pero también para su lectura independiente.

Capítulo bonus

Una pandemia anunciada en sueños

El covid 19, conocido popularmente como coronavirus, afectó a prácticamente todo el mundo y llegó a Colombia en febrero del 2020. Los indígenas wounaan en Bogotá lo combatieron no solo con lo que llaman medicina occidental, sino también con sus plantas ancestrales. Además, varios de ellos se enteraron que tenían la enfermedad a través de sueños.

Por Santiago Luque Pérez

Los indígenas wounaan suspendieron todas las reuniones con la llegada de la pandemia y esto los alejó. Debieron recurrir a la virtualidad para poder mantener los vínculos y comunicar las más recientes actividades del cabildo. “Tiene miedo [la comunidad] a hacer reuniones de varias personas y eso no nos permite dialogar para abordar temas que nos traído la comunidad, o a veces nos pasan informaciones. No hemos podido tener una reunión efectiva. Pero tenemos una reunión de manera virtual”, señaló el exgobernador Ramiro Pirazá.

Esa no fue la única afectación que tuvieron, varias personas también contrajeron el virus y algunos murieron. La comunidad cuenta que varios de los indígenas que se contagiaron de la enfermedad, se enteraron previamente a que cualquier prueba saliera positiva por medio de una serie de sueños que tuvieron.

En los sueños veían, como si fuera la televisión, a unos espíritus malos que se les presentaban en forma de gigantes con coronas. “Veían como gigante a atacarse y a afectar la parte física

y cuando una persona se contagió con coronavirus, contaban, entonces. Ellos acudían al médico y los trataba”.

Ellos asistían al médico ancestral que interpretaba el sueño como un contagio de la enfermedad por la presentación con coronas de los espíritus. Muchos de ellos asistieron al médico occidental e incluso se hicieron la prueba, que efectivamente salió positiva para covid-19. Otros decidieron tomar medicina ancestral para tratar la enfermedad.



Ilustración 6 Del sueño que tuvieron algunos de los miembros del cabildo. Ilustración: Kimberly Vega

En la cultura wounaan los médicos ancestrales, conocidos como benkhuun, tienen la posibilidad de curar la parte espiritual y la parte física. Ellos pueden alejar los espíritus malos y algunos pueden también ser videntes. En el caso del cabildo en Bogotá el benkhuun solo tienen la posibilidad de sanar, aunque por fuera de la comunidad hay un médico ancestral que también es vidente y algunas personas de la comunidad acuden a él.

La pandemia no solo enfermó a varios miembros de la comunidad, también económicamente presentaron una baja en las ventas de las artesanías. Las ferias a las que solían asistir, la

capacidad económica de los compradores y las restricciones en movilidad hicieron que no pudieran realizar ni vender sus jarrones y bandejas de la misma manera.

La mezcla de culturas hace que los wounaan en Bogotá depositen su confianza en la medicina ancestral pero también en los médicos occidentales. Por ello esperan que las entidades nacionales y distritales entiendan esto y así como buscan una educación intercultural, en la que no solo aprenden sino enseñan, quieren también tener la posibilidad de acceder a los dos modelos de salud. Una lucha que el cabildo ya está dando.